XIII.

LA SEDA.

«El ideal de las artes humanas en los hilados y tejidos, decíame un meridional (fabricante, pero hombre inspirado), el ideal que perseguimos es un precioso cabello femenino. ¡Oh! ¡cuán lejos están de alcanzarlo las lanas mas suaves, el mas fino algodon! ¡á qué enorme distancia de ese cabello nos dejan nuestros progresos y nos dejarán siempre! Arrastrámonos muy atrás de él y contemplamos con ojos de envidia esa perfeccion suprema que todos los dias realiza la naturaleza por via de diversion.

»Ese cabello ténue, sólido, resistente, vibrando con ligera sonoridad que de los oidos infíltrase al corazon, y sin embargo blando, cálido, luminoso y eléctrico... es la flor de la flor humana.

»Hay grandes controversias sobre el mérito de su color. ¿Qué importa? El negro brillante encierra y promete la llama; el rubio ofrece todos los esplendores del Toison de oro; el moreno tornasolado apropíase el

mismo sol, se sirve de él, lo mezcla á sus espejismos, flota, ondea, varia sin cesar en sus chorreantes reflejos, por momentos sonrie de luz y por momentos se pone opaco, engañando siempre; y, á pesar de cuanto se diga, os da un encantador mentís.

»El gran esfuerzo, infinito, de la industria humana, ha combinado todos los medios para realzar el algodon. Entre los Vosgos y el Rhin, la rara armonía del capital, la máquinaria, las artes del dibujo y de las ciencias químicas, ha producido los buenos resultados de las indianas de Alsacia, que la misma Inglaterra honra comprándolas. ¡Ay! todo esto sin embargo no puede disfrazar la pobreza originaria del ingrato tejido que tanto se ha elogiado. Si la mujer que con gran vanidad lo lleva puesto creyéndose mas hermosa con él, quiere dejar flotar sus cabellos sobre esa indigente riqueza de nuestros algodones mas brillantes, ¿qué sucederá? Sucederá que su traje sufrirá una tremenda humillacion.

»Hay que confesar, caballero, que una sola cosa puede sostener la comparacion con el cabello de la mujer; un solo fabricante puede luchar en competencia. Este fabricante es un insecto, el modesto gusano de seda.»

Un encanto peculiar rodea los trabajos de la seda, la cual ennoblece cuanto está en contacto con ella. Al atravesar nuestras mas agrestes comarcas, los valles del Ardèche, donde todo son peñascos, donde la morera, el castaño, parecen no necesitar de la tierra, viviendo de aire y de guijarros, cuyos mezquinos edificios de piedra árida y gris entristecen el ánimo, veia en todas las puertas, bajo una especie de arcada, dos ó tres jóvenes deliciosas de morena tez y blancos dientes, que sonreian al

viajero é hilaban copos de oro. El transeunte decíalas en voz baja, arrastrado por la diligencia: «¡Qué lástima, hadas inocentes, que ese oro que hilais no sea para vosotras! En vez de disfrazarlo con inútiles colores, de desfigurarlo por el arte, ¡cuánto no ganaria en quedarse como está y en ser llevado por sus lindas hilanderas! Mejor, mucho mejor que á las grandes señoras os sentaria á vosotras ese tejido real.»

Basta sólo con ver la seda para decir que no es de nuestros climas, lo mismo que todas las cosas muy suaves. Lo ténue, lo exquisito, viene de Oriente. Nuestro Occidente, soldado inhumano, herrero y minero á la vez, no sirve mas que para excavar. La buena madre que se nombra Asia, desdeñada por su rudo hijo, le ha dado las cosas en que aparece la esencia del globo. Además del caballo árabe y el ruiseñor, la debe el café, el azúcar y la seda, es decir, la reanimacion de la existencia y el verdadero aderezo de amor.

Al ser introducida la seda en Roma, las emperatrices comprendieron que antes de poseer aquella tela no habian sido mas que unas plebeyas. Asimiláronla por su suave brillo á las perlas orientales, y pagáronla, sin regatear, á los mismos precios que las perlas y el oro.

La China la tenia en tanta estima, que, para conservar su monopolio, habia decretado pena de muerte para el que se atreviera á exportar el gusano de seda. Sólo exponiéndose grandemente y ocultos en un baston hueco se logró introducir algunos en Bizancio, de donde pasaron al Occidente.

La edad media, época de indigencia y de estériles contiendas, cuando la lana era un lujo que sólo po-

dian permitirse los ricos, y el pobre iba vestido de lienzo en el rigor del invierno, no se preocupó de la seda. Italia fue la única comarca que la tejió.

El oro de las sedas de Verona, en el poderoso comienzo del arte veneciano representado por Giorgion, ó por el gran Ticiano, maestro entre los maestros, engalana con rutilante rayo sus rubias y sus rojas admirables, primeras bellezas del orbe.

Por otro lado, en una época de decadencia, cuando la España y la Flandes habian palidecido, el melancólico pintor que prefirió entre todas á las mujeres decentadas por la vida, la flor enferma, la fruta picoteada antes de tiempo, madurada por el aguijon, Van Dyck, reviste de blanca seda, cual de consolador rayo de luna, sus beldades encorvadas, lánguidas. Bajo sus rasos de suaves pliegues aun infunden al corazon vanos ensueños y remordimientos.

Una mujer que supo ser hermosa hasta el último tercio de su vida, cuya cifra inscrita por todas partes nos muestra que el amor puede vencer al tiempo, Diana de Poitiers, valiéndose de su arte profundo hizo precisamente lo contrario de lo que practican las atolondradas de nuestro siglo, que cambian sin cesar, como para divertir á los viandantes, no dejando la menor huella en el corazon ni ninguna impresion. Diana dejó á esas Iris deleitarse á sí mismas con su fugitivo arco-iris, mientras ella, á semejanza de la Diana celeste, llevó siempre el mismo traje de seda blanca ó negra.

Para complacerla vistióse Enrique II las primeras medias de seda y el fino jubon del mismo género que marcaba en toda su gracia un talle esbelto y nervudo. Sabido es la pasion ardiente que mas tarde demostró

Enrique IV por tan noble industria plantando morales por doquiera, en los caminos, en las plazas públicas, en los patios de sus palacios y hasta en las Tullerías. La seda de tapicería, de decorado, para muebles, de ramajes, tomó muy luego rápido vuelo en Lyon, que la expidió á toda Europa.

Con todo, ¿me atreveré á decirlo? Los grandes y profundos efectos no son propios en ninguna manera de la seda obrada. La seda al estado natural y sin teñir está en relacion mas íntima con la mujer y la belleza. El ámbar y las perlas, un poco amarillentos, con los guipures y encajes, son los únicos objetos que á la seda gustan como vecinos.

Noble adorno, que nada tiene de relumbrante, que presta dulce encanto á la bulliciosa juventud, y da á la belleza macilenta su mas tierno reflejo.

Hay en todo esto un verdadero misterio que nos seduce. ¿Es efecto del color ó del lustre? El algodon tambien tiene lustre, y, gracias al apresto, con frecuencia adquiere agradable frescura. La seda no es lo que se llama brillante sino luminosa, con suave luz eléctrica, y que concuerda naturalmente con la electricidad femenil. Tejido vivo, abraza con gusto á la persona viva.

Antes que las señoras de Oriente adoptaran las tontas modas del Occidente, sólo gastaban dos prendas de vestir: encima, el verdadero cachemir (tan ténue que el mas holgado chal habia de introducirse por un anillo), y debajo, una preciosa túnica de seda, color rubio pálido ó mas bien pajizo, reflejando con magnificencia el ámbar.

Dichas prendas eran consideradas mas bien como amigas, como esclavas favoritas, y como dóciles y pre-

ciosas acariciadoras que como parte del traje: el cálido cachemir, halagador, plegándose á todo, arrollándose sin necesidad de auxilio despues del baño en el cuerpo de la tiritante sultana; la túnica de seda, por el contrario, ligera, aérea, no muy diáfana. Su blonda blancura casaba perfectamente con el mate del cútis; desde luego hubiérase dicho que ese color le venia de su constante intimidad y de su tierno hábito. Inferior al cútis sin duda, parecia no obstante semi-hermana ó mas bien acababa por formar parte de la persona y fundíase en la misma, hasta cierto punto, como un ensueño enlazado con nuestra existencia y que no nos es dado desechar.

XIV.

LOS INSTRUMENTOS DEL INSECTO

Y SUS ENERGÍAS QUÍMICAS, PÚRPURA, CANTÁRIDA, ETC.

¿Acaso he insistido demasiado sobre este asunto? De ninguna manera; me hallo en el fondo, en lo mas profundo de la cuestion.

La seda no es un aspecto particular sino general de dicho asunto. Casi todos los insectos hilan seda.

Hasta ahora sólo se ha hecho caso de una clase de seda, la del bómbice, y de un bómbice poco fecundo. Confiemos en que la meritoria Sociedad de aclimatacion nos procurará el bómbice chino que se mantiene en el camedrio, y cuya sólida seda, vendida muy barata, puede servir para el traje de la clase proletaria. Entónces á todo el mundo será dado poseer un traje abrigado y ligero, impermeable, sólido, y tambien bonito, brillante, noble. A mis ojos semejante

cambio equivaldria al ennoblecimiento general, á la trasfiguracion del pueblo.

Hace tiempo dijo Réaumur que algunas crisálidas darian una seda muy buena. La araña tambien la produciria tan fina como resistente. Basta con ver el admirable velo de seda de araña que se conserva en el Museo de Paris.

Aracnea, tan delicada, de ténue hilo cual nube, tan fino y sin embargo tan fuerte, el cual sale de sus mamilas, Aracnea es la tejedora por excelencia. El insecto, en general, es la hilandera, dedicado á ese arte femenil. Iba á decir: el insecto es hembra.

Entre nosotros, femenino equivale á débil; entre ellos, por el contrario, es sinónimo de fuerza y energía. Si el insecto es un sér de combate, provisto de formidables armas, lo debe á sus funciones maternas, pues ha de defender y sustentar á su hijuelo, ha de proveer la cuna en que vivirá solo y huérfano.

En cuanto á los instrumentos que horadan, cortan, sierran, etc., á pesar de nuestros decantados progresos el insecto tal vez nos lleva la delantera. El instinto de la maternidad, la precision de abrir al hijo, á su futuro huérfano, el abrigo protector de los cuerpos mas duros, hále dado evidente energía, extraordinario esfuerzo para desarrollar y aguzar sus armas. Algunos de ellos, asaz extraños, poseen instrumentos que todavía no ha sido dado al hombre imitar.

Mucho antes de que Réaumur organizase el termómetro, las hormigas, cuidando sus delicados huevos, higrométricos, sensibles al frio, al sol, dividian sus habitaciones en escala de treinta ó cuarenta pisos, bajando ó subiendo á los hijuelos hasta el grado de calor, de sequedad ó humedad que la temperatura del dia y

de la hora les obliga á adoptar. Infalible termómetro con el que puede uno guiarse con tanta certeza como si se tratara del de los físicos.

En esas comparaciones de la industria de los insectos con la nuestra, las diferencias que se notan no provienen de los métodos mismos, sino de la especialidad de sus necesidades, de su situacion. Éstos varian sus artes al caso. La araña, por ejemplo, que en su red cazadora improvisada todos los dias, mezcla la encoladura al tejido para abreviar la operacion, sigue procedimiento distinto en el trabajo solemne de los capullos duraderos, suaves, cálidos, que han de recibir á sus pequeñuelos. Ese nido pareceria mas bien en parte tejido, en parte fieltrado, como casi todos los nidos de pájaros.

Sabido es que la araña acuática nos ha suministrado el modelo de las campanas para bucear; empero muchos ignoran que un ingenioso campesino de Normandía acaba de imitar á perfeccion el procedimiento de la larva de los sirfos, la cual, por un aparato respiratorio extremamente prolongado, está en comunicacion con el aire puro y sano, hasta cuando trabaja en el fondo de las aguas mas pútridas.

Diríase que los insectos son un laboratorio de farmacia, de química, de perfumería. ¿Hánse ocupado bastante las ciencias de este asunto? La vida poderosa que da á los músculos de esos séres tan pequeños fuerzas extraordinarias, parece dotar asimismo á sus líquidos de propiedades enérgicas, de energías ardientes que no poseen los grandes animales. Los hay que á guisa de defensa están en posesion de cáusticos que lanzan en el momento en que os acercais á ellos, ó cual pólvora fulminante; varios encierran venenos

que se introducen donde ha hecho mella el aguijon. Algunos además están dotados de un arte para magnetizar ó eterizar al enemigo. Otros, como ciertas hormigas infatigables obreras de las maderas húmedas, salubrifican sus viviendas incendiándolas por decirlo así bajo la fuerza del ácido fórmico.

Todo el género de los cerambix exhala un fuerte olor de rosa que se da á conocer de lejos, es duradero y no se extingue con la muerte. Aun entre los carnívoros y entre los comedores de estiércol (coprófagos), se encuentran insectos perfumados ó que, cuando se ven en peligro de ser cogidos, para distraeros ó para pediros que no los maltrateis arrojan olores agradables.

Los hay que estallan con tintes admirables. Los rojos sombríos de la cochinilla del nopal han dado la púrpura de los reyes.

Por medio de una mezcla se obtiene asimismo de la cochinilla el color alegre por excelencia, sonriente, el carmin con sus innumerables tintas y matices de la rosa.

Un arte en que los insectos son consumados maestros, es el concentrar en un punto dado, por medio de la picadura los líquidos que corren en la planta, en el sér vivo. A esto podemos llamarle arte de la irritacion. Sus aplicaciones son muy numerosas en industria y en medicina. Tintes, pinturas, varios ornamentos, cien cosas extrañas y bonitas obtenémoslas con la punzada de las agallas, merced á las excrecencias y gibosidades que tan hábilmente producen.

La cochinilla que trabaja para sacar por ese procedimiento vegetales exóticos, nos da en la corteza de sólida goma donde intenta pasar su sueño, el encar-

nado entre los encarnados, la escarlata de la laca, que ha de colorear el barniz, la cera é innumerables objetos mas.

En mal ó en bien, las picaduras de insectos en la carne viva son violentos derivativos para perturbar el curso de la vida ó restablecerla. En ellos no existe término medio. Algunos, desprovistos de aguijon, nos queman por su acritud interior.

¿Quién no ha visto en un campo pulverulento, ante la deteriorada cosecha, á la cantárida, esmaltada de verde, cruzar ásperamente el sendero con paso brusco é indómito? Ardiente elíxir de vida, donde el amor truécase en veneno: no impunemente se la emplea en medicina. Esa farmacia de la edad media, peligrosa para el hombre, al parecer tampoco es inocente para los mismos animales. Una gata muy inteligente, pero de un ardor excéntrico, que guardé por mucho tiempo á mi lado, entre otros violentos caprichos que la daban, cazaba cantáridas. La acritud del precioso insecto parecia atraerla, lo mismo que atrae la llama á la mariposa. Era aquello una embriaguez. Empero cuando la gata, entre las flores, habia logrado agarrar y triturar á su peligrosa víctima, ésta parecia querer vengarse. La inflamable naturaleza felina, picada por semejante aguijon, estallaba en maullidos, en furores, en saltos extraños, expiando esa orgía de fuego con atroces dolores.

Por el contrario, otro insecto (el gusano del bambú) ó malalis, si segais su cabeza que es un veneno mortal, os ofrece una crema exquisita, cuya virtud suave y soporífera consiste, segun los indios del Brasil, en adormecer el amor. La jóven que la ha probado, amodorrada bajo el árbol florido, no deja por eso de recor-

rer en espíritu por espacio de dos dias con sus noches, la profundidad de las selvas vírgenes, el misterio de las frescas riberas donde nunca ha penetrado el sol ni posádose la planta del hombre, ni visto otro sér que la solitaria mariposa azurada. Pero no se encuentra sola en aquel sitio; el amor apaga su sed con los mas deliciosos frutos.

XV.

RENOVACION DE NUESTRAS ARTES

POR EL ESTUDIO DEL INSECTO.

Las artes propiamente dichas, las bellas artes, aprovecharíanse mas que la industria del estudio de los insectos. El platero, el lapidario, harán muy bien en pedirles modelos y lecciones. Los insectos blandos, tales como las moscas, tienen, sobre todo en sus ojos, íris verdaderamente mágicos al lado de los cuales ningun cofrecito de joyas puede comparárseles. Al pasar de una especie á la otra, y, si no me equivoco, de uno á otro individuo, forman nuevas combinaciones. Observad que las moscas de brillantes alas no son siempre las mas aventajadas tocante á los ojos. Tomad la mosca de los establos, deslucida, gris, pulverulenta, repugnante, que sólo vive de sangre cálida: sus ojos vistos con un cristal de aumento ofrecen el extraño hechizo de un mosáico de pedrerías, cual difícilmente hubiera inventado el mas hábil joyero. Si descendeis mas abajo, encontraréis insectos que